

SANTIAGO MAZARRASA

Caníbal sin dientes

*Este libro también pertenece a Marina,
que supo decir «basta» y bastó.*

Avanza la fila; uno y otro, uno y otro. Buenos días, buenos días, gracias, no, pero use nuestro exprés, claro. Uno y otro, uno y otro, luego otro, luego otro, se amontonan, otro y otro y otro, las preguntas, los ruegos, otro y otro, uno y otro, postales sobre recibos sobre giros sobre copias sobre cartas, los mensajes. Luego, el suyo. Por fin. Entrega un paquete, uno grande, un A3, envío nacional. La miro. Me sonrío. Se detiene el flujo irregular de unos y otros y cartas y otros. Es un paquete pesado. Al tacto reconozco las anillas de un cuaderno. Anillas de plástico flexible, baratas. Nada acabado se entrega encuadernado con esas anillas. Lo pongo en la balanza. La miro de soslayo. Son bonitos, sus ojos. Tiene unos ojos muy bonitos, a pesar de ser los ojos de una señora mayor, o precisamente por eso. Verdes, casi grises, como deben de ser las alegrías de la vejez. Un cuaderno enorme. ¿A quién se lo envía? ¿A un hijo? ¿A un nieto? ¿Cuánto pesa una asignatura en la universidad? Un nieto, sí, cariñoso pero vulgar, imagino. La calidad de las familias rara vez mejora con las generaciones. En general, ocurre como con las células, que de tanto reproducirse se degradan. No es fácil acertar un destino solo por el peso de un paquete y la débil consistencia de unas hipotéticas anillas.

La máquina hace sus cálculos. Esperamos. Los ojos verdigrises me ignoran, se dirigen al fondo, a la falsa pared que nos separa del almacén y de los trámites en proceso, unos sobre otros, unos detrás de otros, que lo atraviesan. Mira las franjas azules pintadas sobre el fondo amarillo del tabique, líneas rectas que se cruzan o se acompañan o se rehúyen antes de perderse por los costados. Ligeramente pretenciosas, pienso, estará de acuerdo, en su intento de evocar en quienes nos visitan el constante ir y venir de paquetes anónimos por la línea recta del tiempo cronometrado, la gestión imbatible, la eficacia codificadora y la protección pétrea que ofrece nuestra oficina, la sede central, el nodo imprescindible, un edificio imponente, indiferente al devenir de las épocas y las vidas cuyo tránsito registramos, etiquetamos y distribuimos, facilitando así la interminable circulación de mensajes y de objetos.

El edificio ocupa una de las principales esquinas de la ciudad, donde hay más tráfico de mercancías, coches y paseantes. Lo conoce. En cierto modo, una oficina de correos podría ser también un aeropuerto, o una estación de tren. También un libro publicado, que es un testigo del tiempo que pasa y un contenedor de mensajes que se cruzan. Puede ser, sin embargo, como ocurre en demasiadas ocasiones, que esta idea necesite un serio repaso. Quizás cuando se nos presente la oportunidad.

El paquete pesa 478,5 gramos. Paga lo que tiene que pagar. La máquina imprime el justificante. Lo guarda en el bolso y se despide. Me levanto para dejar el paquete, ya etiquetado, en el compartimento correspondiente, un lugar que es la boca de un aparato en constante movimiento, es decir, un lugar inhabitable. Leo el remitente: «Sr. Roguera». No pienso en usted. Pienso en ella. No sé su nombre. Deduzco que es la Sra. Roguera, aunque luego resultase no serlo, cosa bien extraña, si me disculpa, dada la naturaleza tan íntima y,

al parecer, tan indisoluble de su relación. De momento, no pienso en usted en absoluto. Pienso en sus ojos verdigrises y en el cuaderno con anillas que ha traído. Avanzo hacia la cinta transportadora, al otro lado del tabique. Ojalá, pienso, vuelva pronto. Quiero verme reflejado en el filtro verdigrís de sus pupilas. No puede ser, no son apuntes y no se los envía a ningún nieto al que adore, como, por lo general, se dice que hacen las abuelas, aunque represente, con su chándal, su gorra y sus cascos inalámbricos, un futuro de decadencia irremediable. Lo que tengo entre las manos podría ser un manuscrito. Este pensamiento me obliga a detenerme.

Un funcionario inmóvil, un cuerpo erguido que se detiene entre el mostrador y la cinta transportadora constituye siempre un imprevisto, un accidente, una interrupción en el discurrir ordenado de todos los asuntos. ¿Qué hacer a continuación? La duda es un obstáculo que obliga a aminorar la velocidad a la que se llevan a cabo los trámites, las tareas y los encargos en esta autovía de información que es la oficina. ¿Y si lo es? La probabilidad de que sea su mujer, de que el sobre contenga una copia de su próxima novela, quizá la única, de que esta copia, quizá la única, haya caído en manos de un empleado de correos, un engranaje anónimo, un empleado no es un nombre, que ese empleado lo considere el único escritor vivo que estaría dispuesto a ayudarle, es ínfima. Todas las opciones son terroríficas. Le temo, Sr. Roguera. ¿Puede verme? Se ríe del empleado que cree que ha recibido de su mujer un sobre que contiene su nueva novela. Por cierto, ¿es escribir la obligación de un escritor, como la de un zapatero hacer zapatos? Solo si se lo preguntan. Usted sabe que una respuesta, cualquiera, será suficiente para calmar la curiosidad de los curiosos, que no entenderían en qué consiste la escritura si la escritura no fuera una profesión.

Debería aprovechar, pensé, la oportunidad y abrir el sobre, buscar una excusa, hacer un descanso, esconderme, ojear las primeras páginas antes de que lo haga su editor, o su agente, o quien fuera que esperase recibirlo. ¿Tiene usted agente? ¿A qué se dedica un agente? Quiero hacerlo, de verdad. Miro a mi alrededor. ¿Dónde está? ¿Puede verme? Con la mía se cruzan las miradas embotadas de los usuarios que esperan turno y traen paquetes, certificados, multas o dudas superfluas. Por delante de mí se cruza otro empleado, nuestras camisas amarillas se rozan; que me aparte, dice. A un lado, dos funcionarios arrastran una caja enorme. Doy unos pasos hacia atrás. Me aferro al paquete. Cabezas que se mecen, globos de aire que se balancean al otro lado del mostrador. ¿A quién le importa? A usted, pienso. ¿Qué estará pensando? Oigo una carcajada, le busco entre los cuerpos y los globos medio hinchados. ¿Me está gastando una broma? Siento miedo, pero también un enorme placer. La oigo de nuevo, la reconozco, la he oído antes. Una risa desatada se abre paso. Avanza y deja un rastro, la huella breve de una aleta amenazante. Viene a triturarme. Rápido, suéltalo, pienso, ofréceselo a la lengua de caucho. La cinta transportadora lo hará desaparecer y, con él, se irá también la sombra espumosa de sus dientes afilados.

Vuelvo a mi sitio. Primero uno, luego otro. Buenos días. La suya, Sr. Roguera, es la risa de un caníbal hambriento, la de un animal famélico. La Sra. M. tardó un par de semanas en volver. Cuando vino, había un paquete esperándola.

* * *

Tulipanes, rosas rojas, blancas, orquídeas, flores de azahar, de cornejo blanco, de ciruelo, de granado, gramíneas, girasoles, margaritas, campanillas, dalias, crisantemos, jazmines, lilas,

lirios, narcisos, pensamientos, violetas, petunias, hortensias, iris, claveles, capuchinos, begonias, azucenas, flores de la malva, lantanas, acacias, buganvillas, celidonias, calateas...

—¿Le sirven?

Atrajo hacia sí el folio deslizándolo por la superficie de la mesa. Le dio la vuelta con un movimiento ágil de los dedos.

—Seguro —contestó él al tiempo que trazaba con gesto impaciente una línea recta desde la mano de M. hasta su lado del escritorio para recuperarlo. Ella le dirigió una mirada de disgusto. Roguera se concentraba, forzado, en todos esos nombres que tenía delante.

... hierbabuena, gardenias, flores de pascua, durillos, caléndulas, dientes de león, jacarandas, linarias, laureles, lavandas, melisa, matalobos...

—¿Encuentra la que busca? —preguntó ella con media sonrisa y un cuarto de nervios. Llevaba treinta años trabajando para él, desde la publicación de *El sol y la horca*, en algún momento de los 80, cuando empezaban a lloverle los halagos, los billetes de tren y los otros billetes. También las invitaciones a eventos, las entrevistas y los cumplidos inesperados de los amigos que no sabía que tenía. En 2018, Margarita Rivas, M., tenía setenta años y todavía fuerzas. Se enorgullecía de su trabajo. La edad, a veces, se notaba.

«¿Necesita ayuda? Déjeme. Usted a lo suyo». Tres décadas como tres suspiros habían pasado desde aquello, del aplomo, de la sorpresa, del impulso inexplicable. Estaba a punto de salir por la puerta cuando oyó un gruñido quejumbroso. Fue la curiosidad. Se dio la vuelta. Roguera acababa de patear un paquete que había caído de una bolsa hasta los topes. Lo vio sostenerse sobre una pierna. La otra, descontrolada, se elevaba hasta la cadera. Casi pierde el equilibrio. A M. se le escapó

una carcajada boba, ingenua. Quiso taparse la boca con la mano, pero la risa se colaba por los surcos que le habían aparecido en las mejillas. A su espalda, la puerta del supermercado amagaba con abrirse, o con cerrarse, incapaz de prever qué pasaría. Lo reconoció. Le había gustado su novela. Era interesante. Parecía divertido. Ahora lo era. Tuvo la idea. Se atrevió. Se habían cruzado entre los pasillos y él la había mirado como se suele mirar. Todavía joven, todavía guapa, un hijo independizado, tiempo, mucho tiempo, un exmarido desaparecido, disuelto, huido, lo que fuera, quizá muerto. Tenía las ganas y la habilidad. «¿Necesita ayuda? Déjeme. Usted a lo suyo». Roguera, callado. Había recuperado el control de la bolsa. La sujetaba por la base con las dos manos. No podía contestar sin perder el control de lo demás, pensó M., que rebuscaba en la cartera. Una tarjeta de visita doblada por las esquinas, con pliegues que recordaban a ramas secas o a las grietas en la pared de una habitación descuidada. Era de su marido. Ya no servía. Escribió a bolígrafo el número de su casa. La dejó caer dentro de la bolsa al tiempo que devolvía el paquete. Gracias, cree M. que Roguera dijo. No se acuerda. Al cabo de una semana la llamó. Necesitaba alguien que gestionara la mudanza. Él tenía que salir del país.

* * *

Estimado Sr. Roguera:

En primer lugar, le agradezco que vaya a dedicar algo de su escaso tiempo a leer esta carta que le escribo. Siempre y cuando la esté leyendo, por supuesto. Si no es así, si la carta permanece dentro del sobre en el que la introduje hace unos días porque no la haya visto o no la haya recibido siquiera, o aún peor, la haya recibido, la haya visto y, sin mover un

músculo, sin emitir un sonido, la haya desechado, entonces este agradecimiento no tiene ningún sentido. Si la carta no ha llegado a su destino, entonces el gesto, el agradecimiento y el contenido de la carta han caído en saco roto, y en ese mismo saco, unos detrás y otros delante, como en una cola de expectantes, se han caído también nuestros planes, los suyos, Sr. Roguera, y los míos, si es que no son los mismos planes o, como poco, dos caminos que se cruzan.

De esto último tengo dudas. Su secretaria me lo confirmó: si la ocasión se prestaba, si su ánimo se encontraba en las circunstancias adecuadas, si la carga de trabajo no se lo impedía, si en la televisión nada había que pudiera interesarle, si el día era propicio porque llovía, o si no quedaban amigos que le recomendaran otras cosas que leer, en su mayoría libros que ellos mismos han escrito, o editado, o traducido, o reseñado en un periódico, dedicaba, en ocasiones, su atención a algunas de las cartas escritas por desconocidos que se acumulan día tras día en el mueble de la entrada de casa, en la mesita que está colocada bajo el espejo en el que se detiene todos los días antes de salir a dar el paseo matinal, esa casi mesa de madera oscura, el tipo de madera que se dice que es antigua pero no que es vieja porque está siempre limpia y bien encerada; esa mesa tan estrecha que está a punto de dejar de serlo, encima de la cual reposa un plato de porcelana con relieves que son flores y ramas que se curvan formando coloridos lazos. O no le gusta o, simplemente, no tiene sitio en la cocina. En ese plato se acumula, a su vez, el cambio que sobra de los bolsillos de las gabardinas con las que suele posar en la mayoría de las fotografías, gabardinas de escritor, o de detective, gabardinas de tópico, las que solo se llevan si se puede, no como las mías, que son gabardinas de aspirante a escritor o de aspirante a detective, porque visten un cuerpo

que no se ha hecho todavía al talle, cuelgan las hombreras porque la gabardina rechaza los hombros débiles y la apariencia general es ridícula; tampoco como las gabardinas de yonqui, demasiado sucias, como las que se encuentra uno en cajas de cartón junto a los contenedores de basura y que han sido rechazadas por viejas, por raídas o por desfasadas, aunque los yonquis que las llevan puedan ser también escritores o detectives, lo cual, además de un estereotipo manoseado como el pomo de una puerta es, en muchas ocasiones, cierto. En ese plato, decíamos, deja usted el cobre que le sobra y deja usted también sus llaves, enganchadas a un llavero de metal plateado con un emblema que no distingo con claridad, aunque diría que es un viejo escudo familiar que no necesariamente pertenece a su familia y, sin embargo, lo usa igualmente porque le gusta ese aire mohoso de las cosas que una vez fueron aristocráticas. Créame que le entiendo, puesto que a mí también me complace, a veces, respirar el aire de lo que ha desaparecido y no va a volver.

Al lado de ese plato hay una pequeña bandeja de plata. A veces, las monedas caen ahí y ahí se quedan, pero, por lo general, dice su secretaria, ahí se dejan todas las cartas, las de los desconocidos, pero también las facturas, las revistas a las que está usted suscrito pero que ya no lee, o los boletines sin abrir de ese banco del que es accionista porque hace años le recomendaron que comprara acciones, imagino, y usted se dejó aconsejar porque no atravesaba el mejor momento y debía aprovechar el pequeño empujón financiero del premio que le habían dado. En aquel momento, estará de acuerdo, si hubiera sabido cómo iba a acabar su carrera, en el caso de que considere que su carrera ha acabado —cosa que me permito dudar, pues una carrera de escritor empieza pero no acaba más que con la muerte— los habría rechazado, el premio y

el consejo, porque, aunque fuera pobre, o no tan pobre, sin duda no tenía usted un futuro, digamos, consolidado, tenía orgullo, y ni el premio era un premio que usted apreciara ni las acciones una forma segura de ahorrar que usted considerase un ahorro seguro. En esa bandeja de plata de cuyos extremos sobresalen dos asas decoradas con lo que podrían ser coronas de flores grises, se acumulan, en definitiva, ese otro tipo de cartas que recibimos todos, no solo los escritores reconocidos como usted, y que nos hacen a todos iguales ante la ley, las compañías energéticas y las tormentas.

* * *

¿Cuándo empezó a usar solo la inicial? «M.» sonaba, recuerda, a la promesa de una colaboración fructífera, a una amistad que surgiría del roce de un día con el otro y crecería hasta tornarse en apego y el apego, del roce de un día con el otro, en cariño. Con el tiempo, pensaba, acabaría por desbordarse. Se equivocaba. Los años pasaron como avenidas sin retorno bajo el monótono caminar uniformado de la costumbre y «M.» dejó de sonar a su nombre. Hacía años que se había transformado en un timbre que interrumpe. O en un silbido maleducado, pensaba a veces. Lo oía y sonaba como el exigente chasquido de dos dedos impacientes.

—No busco ninguna, M., ninguna en concreto.

—¿Y para qué las quiere? —contestó. Apretó los dedos de la mano derecha y el anillo de compromiso que aún llevaba chocó contra la madera de la mesa. Roguera levantó la mirada cuando oyó el golpe. Débil, transparente, como una idea que se acaba de tener, estuvo a punto de decir.

—No son para mí. Son para los lectores.

—No lo entiendo.